

FAUNA  
2025

# DRAMATURGIA BREVE



UNIVERSIDAD NACIONAL  
DE LAS ARTES

## ÍNDICE

**P3** *Dos hermanas* Claudia Almada

**P16** *El reflejo en llamas* Diego Garcés

**P35** *Los anegados* Milagros Porta

**P47** *¿Qué le vamos a hacer?* Marcelo Barzan

# FAUNA 2025

**DRAMATURGIA  
BREVE**



**Dos hermanas**

**Claudia Almada**



**UNIVERSIDAD NACIONAL  
DE LAS ARTES**

## Dos hermanas

Claudia Almada

Personajes:

Isabel, 30 años

Luisa, 40 años

*Casa en construcción en el patio de otra casa, un foco de baja potencia ilumina el centro de la habitación, con piso de cemento, el techo de chapa, se escucha la lluvia. Desde una habitación contigua se escuchan gemidos. Hay una ventana y una puerta por donde se sale al patio. Hay fotos familiares borroneadas por el sol, cajas, mitades de sillas, juguetes sin uso, todo está cubierto con telas o al descubierto. En un rincón hay una mesita, encima un calentador, con un cacharro, en la pared hay colgados yuyos secándose, un jarro. Este rincón tiene luz propia.*



(Cris bernal Miño)

*En la silla está sentada Luisa, de unos 40 años, lleva puesto un vestido anticuado, zapatos negros de taco chupete. Está apenas*

*mojada, tiene tierra en las manos, se quita el barro de los zapatos con un cuchillo. En el piso tirada boca arriba, empapada, está Isabel, tiene unos 30 años. Lleva puesto un vestido de entrecasa, tierra en las manos, los pies descalzos, en el pecho. Está agitada y llora, tiene una tela embarrada entre sus manos, por momentos la hace un bollo, la extiende y se la pega al cuerpo. La lluvia para y se escuchan gemidos desde la otra habitación, crecen hasta hacerse insoportables.*

*Entonces Isabel grita y se pone de pie, Luisa interrumpe lo que está haciendo, de la tela de Isabel cae un cuchillo. Isabel se desmorona con el sonido de un trueno, se filtra la luz del relámpago, la lluvia vuelve.*

*Quejidos del otro lado, lluvia, respiración trabajosa de Luisa, llanto de Isabel.*

ISABEL – *(Desde el piso)*

Bichito colorado mató a su mujer  
con un cuchillito de punta alfiler  
le sacó las tripas, las puso a vender:  
a veinte, a veinte, las tripas calientes de mi mujer.

*Lo repite como si fuera un rezo, los gemidos que llegan desde la habitación de al lado se calman.*

LUISA – *(Interrumpe lo que está haciendo, se pone de pie, camina hasta el lugar donde se le cayó el cuchillo a Isabel) ¿Capaz tiene hambre? ¿Vos no tenés hambre, Isabel? Yo, sí, mucha, quisiera comer algo.*

ISABEL – *(Incorporándose) Acá no hay nada, todo está en la casa y no podemos volver a la casa (Se acerca a dónde está Luisa, toma el cuchillo que está en el piso, se miran, va hasta el rincón dónde están sus plantas enciende la luz de gas) Parece que el burrito está seco,*

puedo hacer té de burrito, de cedrón, o menta... *(Tocando las plantas que están colgadas, limpiando en ellas el cuchillo).*

LUISA – *(Con tono maternal)* Tengo hambre, Isabel, un té no nos va a sacar el hambre, dejame que salga a buscar...

*Isabel la mira, Luisa deja de hablar.*

LUISA – *(Tirando el cuchillo que tiene en la mano, con el que se estaba, sacando el barro de los zapatos)* ¡Qué asco este barro! No va a parar de llover, en algún momento, vamos a tener que volver a casa, Isabel, no podemos vivir acá, escondidas, ¿Vos sabés que no está bien?

ISABEL – A palabras necias, oídos sordos.

LUISA – Isabel, hay que llevarla al hospital, Isabel. Fue un accidente. Es que está lloviendo mucho y la lluvia pone mal a la gente, ¿No es verdad? Vos siempre me decís que poca lluvia es mala y mucha lluvia nubla el juicio.

ISABEL – *(La interrumpe)* Sh... Voy a hacer un té de manzanilla, la estuve secando un montón de días.

LUISA – Tengo hambre, Isabel, un té no calma el hambre y además va a hacer frío, tenemos que abrigarnos.

*Se escuchan los quejidos de la pieza de al lado, Luisa camina hasta la puerta, pero retrocede espantada. Isabel se acerca, los gemidos son insoportables, Isabel revisa por el espacio, encuentra una linterna, una palangana, en ella vierte el agua que estaba calentando, rompe una tela, se mete a la habitación, Luisa aprovecha e intenta salir por la ventana, Isabel habla desde dentro de la habitación.*

ISABEL – ¿Te acordás qué papá decía que yo era buena cocinera?

LUISA – *(Intentando abrir la ventana)* Claro que me acuerdo, me acuerdo de todo lo que decía papá sobre vos: Isabel es buena, es

inteligente, cocina bien, Isabel esto, lo otro... *(No puede abrir la ventana, busca el cuchillo que tenía Isabel, no lo encuentra. En ese momento vuelve Isabel de la pieza, se saca una llave del cuello, abre la puerta, vierte el agua fuera. Se miran).*

ISABEL – De tal palo, tal astilla.

LUISA – ¿Qué querés decir con eso?

ISABEL – Nada Luisa, querida, yo nunca quiero decir nada.

LUISA – ¿Está dormida?

ISABEL – Sí.

LUISA – ¿Qué vamos a hacer, Isabel?

ISABEL – Esperar.

LUISA – ¿Qué vamos a esperar?

ISABEL – *(Mirando por la ventana)* Qué pare de llover.

LUISA – Isabel, ¿Cuándo va a dejar de llover?

*Luisa empieza a cantar una canción muy triste, Isabel busca en su rincón, saca una botella de bebida, bebe, le da de beber a Luisa, poco a poco se van embriagando.*

*Isabel se asoma a la ventana, Luisa canta.*

ISABEL – *(En tono soñador)* Mirá los chicos aquellos que pasan por la esquina. Mirá, son hermosos, con el cuerpo mojado, no llevan paraguas. *(Buscando la complicidad de Luisa)* Se van a llenar de barro, seguro que vienen del lado del cementerio, esas calles cuando llueve no se pueden transitar.

LUISA – *(Se pone de pie, está mareada, se acerca a la ventana)* El de verde es tan buen mozo, mirá cómo salta los charcos, el de azul también. ¿De dónde vendrán?

ISABEL – Capaz no son tan malos, capaz necesitan de una mujer buena, detrás de un gran hombre siempre hay una gran mujer.

LUISA – Ay, Isabel, no seas anticuada.

ISABEL – ¡Siempre tan moderna, vos, desde que te fuiste a la Capital!

LUISA – ¿Qué iba a hacer acá, en este lugar de mierda, después de lo que pasó?

ISABEL – Quedarte conmigo.

LUISA – ¿Quedarme con vos? *(Ríe)* Claro como no lo pensé antes, la solución a todos los problemas, cuidarte a vos, a mamá... *(Busca la botella, toma un trago, canta contra la ventana, Isabel busca cosas en el sitio, encuentra bolsas con ropa se empieza a vestir).*

*Es de noche. Se escuchan algunas gotas que caen, Luisa canta una canción más alegre, están borrachas, se prueban cosas, bailan. Son dos nenas.*

ISABEL – Deberíamos poner música.

*Luisa canta más fuerte. Isabel la mira extasiada, al terminar, la aplaude y Luisa hace una reverencia. Tiene la botella en la mano.*

ISABEL – Podríamos irnos de gira, vos cantás, yo puedo...

LUISA – Podrías hacer té, cremas de esas que hacés vos, ahora se pagan carísimas.

ISABEL – ¿De verdad?

LUISA – Si de verdad, medicina saludable, de la tierra.

ISABEL – Los de la Capital ya no saben qué inventar. ¿Vos cantarías?

LUISA – Yo puedo cantar, ser secretaria, soy buena para los números. Puedo conseguir un hombre y casarme *(Luisa se entusiasma, Isabel la corta).*

ISABEL – Yo no...

LUISA – Claro que sí, todavía sos joven y tenés esa risa tan linda.

ISABEL – Hace mucho que no me río.

LUISA – Es el aire de acá, vas a ver cuándo viajemos. Además, no digas a todo que no, es de mala educación.

*Luisa canta, bebe, se acerca a la ventana. Isabel se hace un vestido con las telas, un peinado, hace un gesto y lo congela.*

ISABEL – Mirá, Luisa, ¿Quién soy? ¿A quién me parezco? *(Hace de nuevo el gesto y lo congela)*

LUISA – *(Estudiándola)* A la tía Norma.

ISABEL – *(Divertida)* Sí, adivinaste.

*Se modifica el vestuario y la pose.*

ISABEL – ¿Ahora?

LUISA – A la chica esa... ¿Cómo se llamaba, la amiga de mamá?

ISABEL – ¿Cuál? ¿La que venía siempre o la otra?

LUISA – La que tenía olor a naftalina.

ISABEL – Mabel.

LUISA – Sí, ella.

ISABEL – No, no me parezco a esa. Mirá bien.

LUISA – No sé, a la... Tila.

ISABEL – Sí.

LUISA – Flor de bicha esa.

*Isabel se sacó la sábana, visiblemente enojada.*

ISABEL – Es que mamá...

LUISA – Mamá, nada, Isabel.

*Isabel intentando recobrar el espíritu festivo.*

ISABEL – ¿Cómo te vas a llamar como cantante?

*Luisa no contesta, está apoyada sobre la ventana de espaldas a Isabel.*

ISABEL – ¿Tormenta? No, ese ya está usado. ¿Valeria? También. Dejame pensar, ya se me va a ocurrir algo, siempre se me ocurren cosas, no sé. Papá decía que yo tenía mucha imaginación.

*Isabel empieza a poner orden en el lugar, habla. Luisa no le responde. Imita la voz de su padre.*

ISABEL – Isabel tiene mucha imaginación... Cada cosa dice, no le hagan caso, Isabel es buena, pero está un poco... *(Hace el gesto de que está mal de la cabeza)* Inventa cosas...

LUISA – Isabel.

ISABEL – Yo no inventé nada, Luisa, te lo juro. Los hombres venían cuando vos y papá se iban y mamá me hacía mirarlos. Hasta el tío Roberto, vino. Entonces yo le dije a la Tila y la Tila a papá, porque el tío Roberto era el hermano de papá y la Tila estaba enamorada, Luisa, de verdad te digo. Si yo cierro los ojos, siento el olor de todos los hombres... Mamá me hacía mirar, me decía que como yo no servía para nada, como yo no era cómo vos, después me iba a tocar a mí.

*Luisa intenta moverse hacia Isabel, pero no puede. Está petrificada.*

ISABEL – Dios castiga sin vara y sin palo. ¿Qué había hecho yo? Nada, nacer no más... Vos te querías ir, porque decías que yo me había acostado con el Julio, pero yo no me acosté con el Julio, Luisa, te lo juro por lo que más quiero en esta vida... El Julio, sólo te dejó plantada en la iglesia... A lo mejor.

LUISA – A lo mejor. ¿Qué, Isabel, a ver decime?

ISABEL – Me porté mal... Agarré el cuchillito ese que usaba papá, para ir a pescar, pero era para cortar mejor la raíz de la ruda, pero

mamá gritaba, Isabel no servís para nada, tráeme el té... Dale. No podía dormir, porque a mamá desde que vos no estás se le da por soñar, con inundaciones y con tú casamiento y con el Julio...  
Dormite, mamá... Dormí... Por favor, mamá, nada, gritando que el té, el té... Me senté al borde de la cama, le dí el té sin azúcar...  
Mamá gritaba que yo hice que el Julio se fuera ... Hace muchos días que no duermo, mamá no duerme, vos no viniste más... Dormí, mamá, dormí por favor... Y la lluvia... viento del este, lluvia como peste, no para, se nos están muriendo los animalitos del fondo, las plantas... Mamá no paraba de gritar que yo no sirvo... Pero yo no podía ser como Ella, no podía... Yo no quería. Mamá se levantó de la cama para pegarme, vos sabés cómo me fajaba, porque yo sabía lo que hacía, el cuchillito se hundió... Me porte mal... Perdón, mamá... Perdón... Hace mucho que no duermo, mamá gritaba que el Julio se había ido por mi culpa.

LUISA – ¿Por qué soñaba mamá con Julio, Isabel?

ISABEL – A lo mejor... porque se había acostado con mamá.

*Luisa se acerca a Isabel y la golpea con toda su furia. Se arma una pelea entre las dos, caen piedras, se reanudan los gemidos, se corta la luz. Se escucha el canto de las mujeres, la lluvia, el ruido de las gallinas sueltas, un grito de Luisa, después silencio. Vuelve la luz y Luisa con la cara embadurnada con sangre, plumas de gallinas en el cuerpo, está en el rincón de las plantas de Isabel, sentada con las piernas abiertas desplumando una gallina. Iluminada solo con la luz del farol.*

LUISA – No me acordaba cómo darle la vuelta el cogote a la gallina, hay que sentarse y abrir bien las piernas, porque si no se va, huye, después de muerta, sigue andando, cloquea, el bicho tarda en morir. Las piernas abiertas, le das vuelta al cogote despacio. Tratando que no te hinque el pico, la gallina abre los ojos enormes, escuchás el clij... clij... Un gorgoteo de sangre que atraviesa el pescuezo y

después el animal sigue vivo por un rato, no tiene cabeza, pero sigue. Como las ranas... A Julio le encantan las ranas, a mí no, tienen esa mirada... Pero a él, no sé por qué le divertía verme cuando se me cruzaban. Tenemos hambre, acá... Isabel, va a tener que entender que no podemos vivir acá, toda la vida, escondidas... clij. No puedo con todo... Empezó a llover de nuevo, primero tenemos que comer después la despierto a Isabel. Nos tomamos toda la botella, Isabel no es buena para tomar, pierde la cabeza... A mí me gusta, me queda el cuerpo blandito... Con Julio tomamos vino, después nos acostamos, hay que abrir las piernas, me dijo, pobre Julio, si yo ya sabía que era hermosa, también para parir hay que abrir las piernas, le dije... Y también hay sangre, dos hijos queríamos tener con Julio. Isabel inventa, mamá no pudo haberme hecho eso... Si ella sabía que Julio y yo nos queríamos, nos queremos, le dijo Julio a mamá, ojalá papá no se hubiera muerto después de que la Tila le contara lo del tío... Por culpa de Isabel, ella tiene la culpa de todo. Clij...Un borbotón de sangre en el cogote, el animal cloquea, sigue vivo... Anda como borracha, como Isabel... no deja de llover, tenemos que ir al hospital, mamá ya tiene fiebre, se le va a poner feo eso... Pero yo lo quería al Julio, mamá, yo lo quería...

*Isabel, está dormida en el piso, se despierta gritando.*

ISABEL – ¡Luisa!

*Luisa no contesta, Isabel se tantea buscando la llave, no la encuentra, se desespera. Se para, todavía un poco dormida.*

ISABEL – Luisa, fue un accidente, te lo juro.

LUISA – Acá estoy, Isabel, maté una gallina.

ISABEL – (Compuesta) Pensé que...

LUISA – ¿Qué me iba a ir sola?

*Isabel asiente con la cabeza.*

LUISA – *(Señala la puerta)* Le traje remedios y pastillas para que duerma, pero Isabel, se está poniendo fea la herida. Tenemos que ir al hospital.

ISABEL – No, Luisa.

LUISA – Isabel, vamos a decir que fue un accidente, que nosotras no estábamos, que alguien entró a la casa.

ISABEL – No, Luisa, dame la llave.

LUISA – *(Deja lo que está haciendo)* ¿Vos te das cuenta de lo que nos va a pasar? Esto ya no es un pueblo, es una ciudad chica, ahora ya no conocemos a la policía, al juez. Nos van a meter presas, Isabel, va a ser peor si no hacemos algo. Hay que llevarla al hospital.

ISABEL – Ya pasó lo peor, si vivió hasta ahora, no le va a pasar nada, además no fue muy profundo, Luisa. *(Pausa)* ¿Por qué no te fuiste? ¿No llamaste a la policía? ¿Por qué, Luisa?

LUISA – Porque...

ISABEL – Dame la llave.

Luisa – No, cuando mamá se despierte vamos a resolver cómo hacemos para sacarla de acá.

ISABEL – Luisa ¿Por qué te fuiste a la Capital?

LUISA – Porque papá me dijo que me fuera, mientras el Julio juntaba la plata para casarnos. Esa familia quería que yo fuera a cuidar a sus hijos, me pagaron los estudios, fueron muy buenos conmigo.

ISABEL – ¿Ibas a muchos lugares lindos?

LUISA – Sí, es linda la Capital. Pero era muy chica, Isabel, ni siquiera había terminado el secundario. Papá no me dejaba volver.

ISABEL – Papá, papá... ¿Por qué no me llevaste a mí también?

LUISA – No sé, Isabel, era muy chica yo.

*Se escuchan los gemidos, la lluvia empieza a caer de nuevo fuerte.*

ISABEL – Agua del cielo, no quita el riego. A mí me hubiera gustado irme como vos, lejos. De esta casa, de mamá, de papá, estudiar, conocer lugares. Yo también puedo trabajar, limpiar y cuidar hijos ajenos, eso lo hace cualquiera.

*Luisa asiente. Se pone de pie. Hay una tensión entre las dos alrededor del cuchillo. Los gemidos crecen.*

ISABEL – Vas a ver lo buena enfermera que puedo ser (*Toma el cuchillo y corre hacia la habitación. Luisa sale detrás*).

LUISA – ¿Capaz hay que darle su té? (*Llega Isabel hasta la habitación y se vuelve, mira a Luisa*) ¿Lo hice mientras vos dormías? Limpié su herida, le dí los remedios, es verdad no es tan profunda la herida, un corte apenas en la pierna, es que mamá ya está grande, Isabel, yo sé que a lo mejor... Pero no sé, es mamá... Qué se yo...

*Isabel entra y sale vestida con el vestido de su madre, uno de flores que tiene una mancha de sangre a la altura de la rodilla.*

LUISA – Isabel. ¿Qué pasó? ¿No la escucho a mamá?

ISABEL – Entrá, fijate.

*Luisa entra y sale, tambaleante. La mano cubriéndose la boca.*

LUISA – El olor que sale de ahí.

ISABEL – Es la grasa de gallina. Duerme.

LUISA – (*Yendo a la ventana*) Parece que dejó de llover.

ISABEL – (*Al lado de Luisa*) Mirá Luisa, ahí están de nuevo los chicos.

LUISA – Isabel.

ISABEL – Luisa, vamos a salir ¿Verdad?

LUISA – Sí, Isabel. Vamos a salir.

ISABEL – Ya no se la escucha. ¿Mirá ahí está tu enamorado?

LUISA – *(Se asoma con cuidado a la ventana)* Si, ahí están.

ISABEL – Andá, arreglate.

LUISA – Isabel, ¿Qué pasó ahí dentro?

ISABEL – Nada, mamá duerme.

*Luisa se acerca a la habitación, se tapa la cara, se marea un poco.*

*Isabel coquetea frente a la ventana, la lluvia vuelve con fuerza,*

*Isabel canta y juega con el cuchillo sobre la ventana.*

ISABEL – Bichito colorado mató a su mujer

con un cuchillito de punta alfiler

le sacó las tripas, las puso a vender:

a veinte, a veinte, las tripas calientes de mi mujer.

*Luisa empieza a llorar primero en silencio, después cada vez más*

*fuerte, Isabel sube el volumen del canto y de la repetición de los*

*versos, se acerca a Luisa con el cuchillo, pero cuando está frente*

*ella se desarma. Se va la luz. Sólo se escucha la tormenta.*



# FAUNA

2025

DRAMATURGIA  
BREVE



**El reflejo en llamas**

**Diego Garcés**



UNIVERSIDAD NACIONAL  
DE LAS ARTES

## El reflejo en llamas

Diego Garcés

Personajes:

Mauricio

Viviana

Hombre

### Escena 1

*Mauricio se mira en un espejo sucio que refleja una mesa; sentados en las sillas, con la cabeza sobre la mesa, hay dos cuerpos. Viviana entra al comedor caminando con desespero, da vueltas en círculos.*



(zenstudiespodcast)

VIVIANA – ¿Cuánto falta?

MAURICIO – *(Sin dejar de mirarse en el espejo)* No sé exactamente.

VIVIANA – ¿Qué vamos a hacer? Dime, ¿qué vamos a hacer? Las naranjas casi están putrefactas.

MAURICIO – Lo sé (*La mira a través del reflejo del espejo*). Pero no se me ocurre nada.

VIVIANA – (*Mira a Mauricio a través del reflejo*) ¡No ayudas en nada! ¡En nada! (*Empieza a caminar en círculos de nuevo, da pasos largos, el piso cruje, se muerde la uña del dedo gordo derecho*) No aguanto más. Alguien tiene que venir, ¿no? ... ¿no? Digo, no estamos tan lejos del camino.

MAURICIO – (*Respira hondo*) Es verdad, no es tan lejos. Pero nada sacamos poniéndonos así.

VIVIANA – ¡Qué fácil! ¿verdad? (*Se para junto a Mauricio, sigue mirándolo a través del espejo*) Es muy fácil decir eso ¡Lo más fácil en realidad! ¡Mírate y mírame! ¡Estamos muy pálidos!

MAURICIO – (*Se acerca al espejo hasta casi tocarlo con la cara*) Yo tampoco me siento bien. Mira mis ojeras (*Mira a Viviana*). Pero ya te dije que no se me ocurre nada. Ya viste que las ventanas no abren, ninguna, y la puerta tampoco. No se me ocurre nada más (*Alza los hombros y los deja caer*) o ¿se te ocurre algo a ti?

VIVIANA – (*Gesticulando prominentemente*) ¡Si se me ocurriera, ya estaríamos libres de esto! ¡Es más, ni siquiera te estaría preguntando! ¡Pero no! En cambio, tengo que quedarme aquí encerrada contigo, ¡con tu maldito estoicismo! ¡Qué más bien es falta de huevos! Y además ver que la casa se cae a pedazos, y que esos cuerpos de mierda siguen ahí (*Señala los cuerpos*) hinchándose, mientras nosotros (*Lo mira fijamente a través del reflejo*) estamos cada vez menos. (*Pausa*) ¿No vas a decir nada? ¡Lo que me faltaba!

MAURICIO – Cállate un rato, ¿sí? ¿Acaso no escuchas?

VIVIANA – ¡¿Escuchar qué?!

MAURICIO – ¡Qué escuches, carajo!

*Se escuchan las llantas de un auto sobre el camino de tierra. Un haz de luz entra por la ventana y corta la atmósfera lúgubre un instante.*

VIVIANA – ¡Nuestra salvación!

*(Se escucha la puerta del auto abrirse y cerrarse)*

VIVIANA – ¿Cuántos serán?

MAURICIO – Espero, suficientes.

*(Ambos miran hacia la puerta. Golpean tres veces. Ninguno se mueve. Abren)*

VIVIANA – ¡Solo uno! ¡Es solo uno!

MAURICIO – Sí. Ya vi.

VIVIANA – ¿Y ahora? *(Mira al hombre que se mueve desconfiado por la habitación)* ¿y ahora? ¿Cuánto tiempo nos queda?

*El recién llegado camina por el lugar, se mira en el espejo, se acerca a la mesa donde yacen los cuerpos, aparta un enjambre de moscas a manotazos, los mira fríamente, como acostumbrado a ver muertos. Lleva un galón de nafta en la mano y viste de gabán, deja el galón sobre la mesa mientras toca la comida servida. Agarra un pan con las manos, lo trata de romper, pero desiste. Levanta una taza de café, la huele, hace cara de desagrado y la devuelve. Levanta una naranja, casi por completa cubierta por moho. La tira al piso. Un pedazo de techo del entresuelo cae pesadamente sobre el piso, se quiebran dos tablas y levanta una nube de polvo. Tose.*

MAURICIO – Parece que muy poco.

*El hombre camina tosiendo hacia una puerta que está al fondo a la izquierda del escenario. Viviana y Mauricio lo siguen con la mirada. Sale de escena.*

VIVIANA – Parece que va a recorrer toda la casa. Tenemos tiempo.

MAURICIO – Pero tiempo para qué.

VIVIANA – Pues para pensar en algo.

MAURICIO – ¿En algo de qué? No hay nada que pensar. Es solo uno. Es lo mismo que ninguno.

VIVIANA – Pero... Mauricio, es nuestra última oportunidad. Obviamente no es lo que esperábamos, pero si no tenemos de otra... tenemos que decidir ahora.

MAURICIO – (*Frunciendo el ceño*) ¿Decidir?

VIVIANA – Sí, decidir.

MAURICIO – ¿Decidir qué?

VIVIANA – (*Intimidándose*) Pues...pues quién va a salir.

MAURICIO – No me parece que sea algo para decidir. Asumí, claramente por error, que seríamos los dos o ninguno.

VIVIANA – Pero... (*Recomponiéndose y enfrentándosele*) ¡Mauricio! ¡Eso es un derroche de egoísmo! ¿Cómo puedes decir eso?

MAURICIO – ¿Egoísmo?

VIVIANA – Sí, egoísmo. ¡E-GO-IS-MO! ¿Puedes pensar en mí por una única vez?

MAURICIO – ¿Pensar en ti? Me pareció escucharte decir que (*Haciendo gesto de comillas*) decidiríamos. Me sonó en plural.

VIVIANA – (*Dudando*) Eh...sí. (*Quita la mirada de Mauricio*) Pero...no sé, digo, es una expresión.

MAURICIO – (*Caminando en círculos, frotándose el mentón*) Quizás haya alguien esperándolo en el auto. Hay que encontrar la manera de hacerlo entrar.

VIVIANA – Ah, bueno, pero si se te puede ocurrir algo, ¿no?

MAURICIO – Cállate un rato y ayúdame a pensar.

VIVIANA – Pero ¿y si no hay nadie en el auto? ¿Qué hacemos?

MAURICIO – Por ahora no tenemos una mejor opción.

VIVIANA – Tú y tus ideas de mierda siempre.

MAURICIO – (*Se detiene, la mira en el reflejo*) ¡¿Cuál es tu idea, entonces?!

VIVIANA – Ya te la dije.

MAURICIO – (*Señalándola*) Eso ¡SÍ! es una idea de mierda. (*Se acerca a la mesa. Ve el galón de nafta*) ¿Para qué querrá esto? ¿Acaso piensa que alguien tiene nafta en su casa hoy en día?

VIVIANA – Pues ve y pregúntale.

MAURICIO – *(La mira con desdén en el reflejo)* Creo que sí le voy a ir a preguntar, y así me saco esta duda de encima *(Camina hacia la puerta por la que salió el hombre)*.

VIVIANA – *(Lo mira con cara de repentino entendimiento)* ¡Ah, no! Yo voy contigo. *(Toma la misma dirección)*

MAURICIO – Ya vengo. Espérame acá.

VIVIANA – ¡No! Quiero saber qué está haciendo.

*Ambos salen por la puerta. Se apagan las luces por completo.*

## Escena 2

*Se encienden las luces. Entran Mauricio y Viviana por la misma puerta. Mauricio carga una mochila en la espalda. Viviana, un bolso en el hombro. La mesa está vacía. El espejo cubierto por una sábana. No están los cuerpos.*

MAURICIO – *(Caminando con suficiencia)* ¡Y bueno! Ahora que lo viste *(Abre los brazos en forma de presentar un show)* ¿Qué te parece?

VIVIANA – *(Mirando todo el lugar)* Pues... rústico...

MAURICIO – Claro, claro. Rústico. Como querías... Para que estemos solos... tú y yo... sin internet, sin nada que nos moleste.

VIVIANA – *(Sin dejar de mirar todo el lugar)* Claaaro... sí, sí. Eso es lo que quería. Bueno, sí. Me gusta el lugar. Sin internet dije ¿verdad? *(Se rasca la cabeza)*

MAURICIO – ¡Claro! Sin internet, solos tú y yo. Es más, mira *(Saca una botella de vino de la mochila)* ¡Tarán! *(La deja sobre la mesa. Saca un sacacorchos, cierra la mochila. Comienza a destapar el vino)*.

VIVIANA – *(Mirándolo con algo de burla.)* ¿Puedes?

MAURICIO – *(Haciendo esfuerzo)* Pues claro que puedo.

*(Mauricio se esfuerza visiblemente en abrir la botella. El corcho se le niega. Viviana trata de quitársela, pero Mauricio no deja).*

VIVIANA – *(Agarra la botella con las manos)* A ver, déjame.

MAURICIO – ¡Qué no!

*Forcejean. La botella cae al piso y se rompe. Los dos quedan mirando el charco y los vidrios rotos. Ninguno se mueve por unos segundos.*

VIVIANA – *(Sin dejar de mirar el charco)* ¿Ves lo que pasa cuando no te dejas ayudar?

MAURICIO – *(Sin prestar atención a lo que dijo Viviana)* La cagaste.

VIVIANA – *(Mirando a Mauricio)* ¿Que yo la cagué?

MAURICIO – *(Enfrentando la mirada de Viviana)* Sí. La cagaste. ¿Podrías dejar de cagarla por un par de días? Por lo menos mientras estamos acá.

VIVIANA – *(Enojada)* ¡¿Perdón?! No fui yo la que se quería hacer la canchera con el vino ¡Sabes que siempre te cuesta abrir la botella! ¡Déjate ayudar!

MAURICIO – ¡Me harta tu afán de protagonismo! *(Silencio)* Ya vengo. *(Camina hacia la puerta por donde salieron)*

VIVIANA – *(Siguiéndolo con la mirada)* ¿A dónde vas ahora?

MAURICIO – A traer algo para secar esa mierda.

*(Sale de escena)*

VIVIANA – Solo una noche más, una noche más.

*Mauricio vuelve con un trapo. Se pone a secar. El diálogo transcurre. Mauricio está secando el piso y Viviana está parada junto a él.*

MAURICIO – Si quieres ve y te das una ducha. Mientras yo seco esto.

VIVIANA – Puede ser.

MAURICIO – Ah, pero un detalle. No hay agua caliente. Toca esperar que se caliente el tanque.

VIVIANA – Es decir, no hubo ducha esta noche. *(Silencio)* ¿Y hay TV, un DVD, algo?

MAURICIO – No, nada. RÚSTICO, ¿recuerdas? *(Se levanta, quedan frente a frente, el trapo gotea).*

VIVIANA – Y... sí... rústico. No PREHISTÓRICO.

*Mauricio da media vuelta sin responder. Lleva el trapo goteando. Sale de escena. Viviana mira las gotas en el piso.*

VIVIANA – ¿No es más fácil con un trapero?

MAURICIO – *(En off)* ¡No hay!

*Viviana suspira hondo. Se apagan las luces del escenario.*

### Escena 3

*Se encienden las luces. Entra Mauricio seguido por Viviana. Mauricio se para en medio del lugar. Mira a todo lado. Se agarra la cabeza.*

MAURICIO – ¿A dónde se fue? ¿En dónde está?

VIVIANA – Y qué se yo. Sólo espero no se haya marchado.

MAURICIO – ¿Cómo puede ser?

VIVIANA – No sé. Calma. Mira: está el galón de nafta todavía. Debe seguir acá. Seguro subió. No sé. Digo yo. No sé qué carajo quiere.

MAURICIO – ¡Menos mal, porque no se puede ir! *(Camina hacia la ventana)* El auto sigue ahí.

VIVIANA – Viste. Calma.

MAURICIO – *(Mirando por la ventana con ojos entornados)* Me parece que... ¡Sí! ¡Hay alguien ahí! ¡Son dos! *(Ríe)* ¡Listo! ¡Ahora solo toca hacerlo entrar!

VIVIANA – Bueno...y sí. No es de mucha ayuda decirlo, la cuestión es: ¿Cómo piensas hacerlo?

MAURICIO – ¿Acaso debo pensar todo yo? Ayuda en algo, carajo.

VIVIANA – ¿Para qué? Si ni aprecias mi ayuda. Para ti todas mis ideas son una mierda.

MAURICIO – *(Deja de mirar por la ventana. La mira directamente)*  
No es el momento para esto otra vez. Pero solo para aclarar, pienso que es al contrario.

VIVIANA – No es al contrario. Es como digo, siempre escuchas a otras personas menos a mí.

MAURICIO – ¡Deja de decir eso! ¡Es mentira!

VIVIANA – *(Seria)* ¿Ahora aparte de inútil soy mentirosa también?

MAURICIO – *(Desconcertado)* ¿Cómo? ¿Cuándo te dije inútil?

VIVIANA – Recién, lo acabas de hacer.

MAURICIO – *(Estresado)* ¡No lo dije!

VIVIANA – *(Riendo socarronamente)* ¡Lo acabas de hacer!

MAURICIO – ¿Qué carajos te pasa? Nunca te dije inútil.

VIVIANA – Sí, inútil. Eso me dices entre líneas. No tomas en cuenta mis ideas para nada. Siempre quieres imponer tu punto de vista. ¡Qué es una gran mierda, vale aclarar! Ni siquiera para tus guiones me escuchas. Me pides que te diga algo, que te lea, pero no te interesa nada lo que diga en realidad. Pero ¡claro! Vaya otra mujer a decirte cualquier otra cosa y ahí sí asientes con tu cara de perro imbécil y le dices que sí a todo, ¿no?

MAURICIO – *(Con los ojos casi por fuera)* ¡Qué! ¿De qué me estás hablando ahora?

VIVIANA – De lo que escuchaste. Así como esa vez con la arquitecta esa de mierda que fue a *(Hace gesto de comillas)* ayudarnos a rediseñar la casa, pero más que una ayudante para ti era una iluminada, mientras lo que yo te decía te pasaba de largo. O la mesera del otro día en el restaurante, que todo lo que te recomendaba te parecía fenomenal y que no le parabas de mirar el culo *(Hace pausa para tomar aire)*. ¿Pero sabes qué fue la peor

entre muchas otras que ya ni siquiera cuento? (*Mauricio no responde*) La peor fue la vez que me llevaste a esa exposición de arte horrible, no sé para qué mierdas porque sabes que ni siquiera me gusta, y me dejaste sola. Y claaaro, cuando te veo, estabas hablando con esa mujer estirada con aire de soy mejor que todos ustedes porque esta es mi galería, mientras yo me aburría más que perro de convento.

MAURICIO – (*Titubea*) No... claro que no fue así.

VIVIANA – Claro que Sí fue así. Y claro, con ella (*Haciendo gestos y cambiando a un tono burlón*) hablaban de arte, de pintura, de cine. De las pinturas, de tus guiones de mierda. Pero sabes qué ¡A ella se la notaba aburrída! Se le veía en la mirada mientras te daba consejos. ¡Qué! ¡Consejos!... más bien órdenes de qué cambiar de tu último guion.

MAURICIO – ¡Qué no!

VIVIANA – Y tú, diciéndole que sí a todo, mientras a mí ni siquiera me escuchas.

MAURICIO – Para ya esto, ¿quieres? ¿Qué mierda tiene que ver todo eso con esto?

VIVIANA – ¡Pues todo! ¡Tiene todo que ver! ¡Y sabes qué! ¡Me hartas! ¡Voy a buscarlo arriba! (*Sale subiendo las escaleras, ubicadas al frente a la derecha del escenario. Mauricio la persigue*).

MAURICIO – ¡Pará!

*Sale del escenario.*

#### **Escena 4**

*Entra Mauricio por la puerta de la izquierda, vestido con ropa de dormir. Consigo trae dos tazas. Las acomoda sobre la mesa. Se estira de brazos y piernas, truena el cuello, bosteza y alza los brazos mientras lo hace, se rasca el cuerpo y mira por la ventana. Viviana*

*entra en escena por la misma puerta, trae un plato con una naranja encima en cada mano. Parece costarle caminar sin que las naranjas amaguen con rodar y caerse, por lo que lo hace lentamente y con cuidado. Viste ropa de dormir.*

VIVIANA – ¿Me ayudarías a traer el pan, por favor?

MAURICIO – Claro (*Sale por la puerta*).

*Viviana mira irse a Mauricio. Camina con naturalidad repentina. Deja las naranjas en la mesa y mira sobre el hombro hacia la puerta. La rodea rápidamente hasta las tazas. Mauricio aparece de nuevo, no tiene el pan.*

VIVIANA – Está en el cajón de abajo a la derecha.

MAURICIO – Bien (*Sale*).

*Viviana saca algo del short. No se alcanza a ver qué es. Mira la puerta. Luce nerviosa. Los dedos se le enredan con lo que sacó. Se le cae al piso. Al levantarlo y volver a quedar de pie, aparece Mauricio.*

MAURICIO – (*Caminando hacia la mesa con el pan en la mano*)  
Casi no lo encuentro.

VIVIANA – (*Riendo nerviosamente, con el puño apretado*) Sí, lo dejé ahí para que no le agarrara humedad.

MAURICIO – (*Reparte el pan*) Bueno, lo podías guardar en la heladera.

VIVIANA – (*Sin moverse*) ¡Claro! Sí. Qué tonta soy.

*Mauricio se sienta. Mira a Viviana, interrogativo.*

VIVIANA – ¡La mantequilla! Ahí la traigo (*Camina rápidamente hacia la puerta*).

MAURICIO – ¿Trajimos? Me parece que no. Mira a ver.

VIVIANA – Ahí miro (*Sale de escena*).

*Mauricio cambia de expresión inmediatamente. Saca algo del pantalón de pijama que trae puesto. Mira la puerta mientras lo manipula. Lo vierte en la taza de Viviana. No pierde de vista la puerta. Los movimientos son muy veloces. Guarda la compostura como si nada hubiera sucedido. Toma un sorbo de su taza. Aparece Viviana.*

MAURICIO – Viste que no había.

*Viviana no responde. Camina hacia la mesa. Se sienta. Se le ve incómoda.*

MAURICIO – ¿Qué pasa?

VIVIANA – (*Encogiéndose de hombros*) ¿Te puedo joder de nuevo?  
(*Mauricio asiente*) No traje el cuchillo para cortar las naranjas.

*Mauricio la mira con un atisbo de enojo, pero inmediatamente borra la expresión del rostro. Se para arrastrando la silla. Atraviesa la habitación lentamente. Una vez sale Viviana saca lo que tenía escondido. Esta vez lo vierte con agilidad en la taza. Guarda la compostura. Mauricio vuelve con el cuchillo en la mano.*

MAURICIO – ¿Falta algo más?

VIVIANA – Creo que no, ven.

*Se miran. Pareciera que ninguno quiere empezar a comer primero. Hay un juego de miradas entre los dos, cada uno mira el plato del otro y luego sube la mirada a los ojos y los vuelve a bajar al plato, como si dijeran: come. Se sonríen forzadamente. Mauricio es el primero en agarrar un pan, le da un mordisco. Viviana lo imita.*

*Mastican sin dejar de mirarse. Repiten el proceso hasta que es evidente que necesitan beber algo. Mauricio levanta primero la taza.*

MAURICIO – Salud.

*Viviana levanta la taza.*

VIVIANA – Salud.

*Chocan las tazas, cada uno bebe un sorbo. Mauricio mira la taza con desconcierto. Se saborea varias veces, tiene el ceño fruncido. Mira a Viviana. Ella no lo ha dejado de mirar.*

MAURICIO – *¿No te sabe medio...? (No puede terminar la pregunta, abre los ojos como soles, tose como un perro, se agarra la garganta. Dura pocos segundos así, cae tumbado sobre la mesa. Viviana lo mira, no dice nada, hace el amague de pararse, pero cae sentada de nuevo, de repente también se agarra la garganta, tose, trata de tomar aire, hace un sonido ahogado y cae tumbada sobre la mesa. La sábana que estaba sobre el espejo se cae, dejándolo al descubierto. Se apagan las luces)*

## **Escena 5**

*Se encienden las luces. El hombre está en la habitación, parado frente al espejo. Mira su reflejo. Hace caras en él. Se espicha un aparente grano. Posa, seductor. Va hacia la mesa, agarra el bidón de nafta. Lo empieza a rociar sobre todo el lugar, rocía la mesa, los cuerpos, las ventanas, las paredes, la puerta, el piso, el espejo. Tira el galón vacío hacia un costado. Se vuelve a mirar en el espejo. Camina hacia la mesa, se sienta. Saca un cigarro, pero no lo enciende, se lo deja entre los labios.*

VIVIANA – *(En off)* ¡Pero dónde mierdas está!

MAURICIO – *(Bajando por las escaleras)* ¡No tengo la menor idea!  
*(Ve al hombre sentado en la mesa.)* ¡Aquí! Está aquí... sentado.

VIVIANA – *(Apareciendo en escena)* ¿Cómo sentado? *(Ve al hombre. Se detiene. Lo mira).*

MAURICIO – Y, pues... sentado. *(Mira el piso cubierto de nafta, lo mira todo. La casa está empapada)* ¿Qué carajo? *(Viviana le sigue la mirada)*

VIVIANA – ¿Qué quiere hacer este? ¿Quiere quemarlo todo?  
*(Segundos de silencio)* ¡Quiere quemarlo todo! *(Mauricio parece alterarse)* ¡Tenemos que hacer algo!

MAURICIO – ¡Necesitamos que entre el otro! *(Mauricio atraviesa el lugar hasta la ventana. Esfuerza la vista)* Sigue ahí el auto y el tipo.  
¿Qué hacemos?

VIVIANA – No, no, no sé.

MAURICIO – ¡Ya sé! *(Viviana lo mira expectante.)* ¡Asustémoslo!

VIVIANA – ¿Ah?

MAURICIO – ¡Asustémoslo! ¡Asustémoslo tanto que haga entrar al otro!

VIVIANA – ¿Asustarlo? ¿Qué crees que somos? ¿Actividad Paranormal? Esto no es una película.

MAURICIO – Es nuestra única opción.

VIVIANA – Pero ¿cómo? Ni sé cómo asustar a alguien.

MAURICIO – No, pues ¡no sé! Hagamos cualquier cosa. Digo, él no nos ve. ¡Levantemos una naranja!

VIVIANA – ¿Una naranja?

MAURICIO – Sí, para que la vea flotar. Seguro se asusta.

VIVIANA – ¿No sería mejor un cuchillo o algo así?

*Mauricio camina hacia la mesa. Levanta una de las naranjas con la intención de mostrársela al hombre, pero al hacerlo éste desvía la mirada. Mauricio trata de ponérsela frente a los ojos, pero cuando la*

*fruta flotante va a quedar dentro del campo de visión del hombre, éste desvía la mirada para otro lado, bosteza, cierra los ojos y parece dormir.*

VIVIANA – Qué fracaso.

*Viviana camina a la mesa y levanta un cuchillo, el hombre continúa con los ojos cerrados.*

MAURICIO – *(Exaltado.)* ¿Qué piensas hacer?

VIVIANA – Asustarlo.

*Viviana se para junto al hombre y le pega en la cara con la parte plana del cuchillo. El hombre se sobresalta. Mira el cuchillo frente a él, da un grito mudo, cae de espaldas con silla y todo. Se levanta y sale corriendo por la puerta de la izquierda. Viviana y Mauricio se miran.*

MAURICIO – ¡No funcionó! Ni siquiera gritó y ahora querrá escapar. ¡Lo ahuyentaste!

VIVIANA – Por lo menos fue mejor idea que tu naranja de mierda. ¡Y no lo ahuyenté!

MAURICIO. —¡Claro que sí! ¡Cuando vuelva va a irse corriendo! ¡Y no lo podemos tocar! ¿Recuerdas?

VIVIANA – ¡Pues no lo dejamos escapar! Cuando venga le arrojamos todos los objetos que tengamos a la mano. Lo obligaremos a quedarse allá, hasta que grite ¡Hasta que el otro venga en su ayuda! Ahí los agarraremos a los dos ¡A los dos! ¡Y nos vamos de este infierno!

*Mauricio camina hacia la ventana.*

MAURICIO – Sigue ahí.

VIVIANA – Pues esperemos que venga. Agarra algo.

*Mauricio va hacia la mesa, levanta una taza.*

MAURICIO – Es nuestra última oportunidad.

VIVIANA – ¿Ves? Así se hacen las cosas, con buenas ideas. No serías nada sin mí.

MAURICIO – ¿Cómo?

VIVIANA – ¿Cómo qué?

MAURICIO – Repite lo que dijiste.

VIVIANA – (*Digna*) Sí, no serías nada sin mí. Siempre soy yo la de las buenas ideas en esta relación.

MAURICIO – (*Enojado*) ¿Qué?

VIVIANA – Simplemente que, como ya te dije, nunca lo aceptas. Así que siempre terminamos haciendo lo que tú dices, y es todo una cagada.

MAURICIO – (*Exaltado*) ¡No puede ser! ¡No puedo creer que estés diciendo esto en serio! Se te ocurrió levantar el cuchillo y pegarle gracias a ¡MÍ IDEA! De asustarlo con las naranjas. ¡Sencillamente por eso! ¡Te copias y nada más y ahora te quieres llevar todo el crédito!

VIVIANA – (*Sarcásticamente*) ¡Si, claro! ¡Fue gracias a mí!

MAURICIO – (*Gritando*) ¡NO! ¡La que tiene ideas de mierda aquí es usted! (*La señala enérgicamente*) ¿Por qué cree que en mis guiones no cambio nada de lo que me dice? ¡Porque es todo una mierda! (*Viviana abre la boca ofendida.*) ¡Sí! ¡Una reverenda porquería! ¡Pedirle consejos a usted es desandar lo construido! ¡Solo piensa en sobresalir! ¡En usted! ¡En el YO! En el puto ¡YO! ¡YO! Y ¡YO!

VIVIANA – (*Gritando*) ¡Cómo se atreve! (*Le tira el cuchillo*) ¡Debería agradecerme por haber estado con usted tanto tiempo! ¡Fracasado!

MAURICIO – ¡Hija de puta! (*Le tira la taza*)

VIVIANA – ¡Pedazo de imbécil! ¡Guionista medio pelo!

MAURICIO – *(Totalmente fuera de sí)* ¡Me arrepiento de no haberla matado antes!

*Viviana se queda estática, con la boca abierta.*

VIVIANA – ¡Así que fue usted! *(Lo señala)* ¡Yo que pensé que finalmente sería libre!

MAURICIO – *(Con expresión de sorpresa)* ¿Libre? *(La señala)* ¡Entonces usted me envenenó! ¡Y yo creyendo que había cometido un error!

VIVIANA – ¡Hijo de puta! ¡Usted me envenenó a mí! ¡Cómo se atreve! ¡Ni siquiera esto fue capaz de darme!

*Viviana se abalanza sobre Mauricio, quien al verla acercarse con intención violenta arremete también contra ella. Se dan golpes por acá, golpes por allá, hay empujones, cachetadas, escupitajos, jalones de pelo. Mientras la pareja pelea, el hombre se asoma por la puerta. Los dos, tan enfrascados en su lucha caen al piso, frente al espejo. El hombre camina con paso calmo hacia la salida. Se detiene frente a la mesa. Saca un cigarro del bolsillo. Pero antes de sacar fuego, la pareja lo ve. Dejan de pelear al instante y se ponen en pie rápidamente.*

MAURICIO – ¡Es mío!

VIVIANA – ¡No! Hijo de puta ¡Mío!

*Viviana y Mauricio forcejean. Se abalanzan sobre el hombre al mismo tiempo. Los dos rebotan y caen al piso. Lo miran a través del espejo, sorprendidos. El hombre los mira fijamente. Sonríe. Se acerca a los cuerpos tumbados en la mesa sin dejar de mirarlos. Se saca el cigarro de la boca.*

HOMBRE – *(Acariciando la cabeza de los cadáveres)* Tristes cuerpos desdichados, ¿qué sucedió con ustedes? Mírense los rostros, empapados de tanto tiempo. Mírense las uñas, despegadas

de la carne que alguna vez acarició la mejilla del otro. Reflejos de porquería ¿Puede ser peor? Morir cerca de la persona que amas, no suena tan tremendo. ¿Y de la que odias? *(Pausa)* Si las manos, que se juntaron alguna vez, desdeñan el sudor compartido ¿Vale la pena alargar el calvario? *(Se mira en el reflejo. Se arregla el gabán)* Quizás solo sea un pensamiento recurrente. Un atisbo de lucidez en medio de la bruma de la rutina. Algo que pasa tan rápido que dudamos en haberlo visto. *(Pausa. Del pelo levanta la cabeza de los cuerpos)* Te conozco tanto que ya no te soporto, o desde que no te soporto es que te conozco realmente. ¿Cuál de las dos cartas es posible elegir? Quizás una mezcla, ¿o una tercera? *(Pone cara a cara las cabezas de los cadáveres)* No soporto quién soy cuando estoy contigo... ¿Aceptar que la erosión puede venir de uno mismo? ¿Que la base del castillo que nos tocó cimentar, podría estar quebrada hacia nuestro lado? Es una posibilidad nebulosa. Requiere de un esfuerzo enorme. Un desapego de sí mismo que podría no ser logrado en vida. Aunque quizás la muerte no haga la diferencia. Sé de lo que hablo *(Pausa. Viviana y Mauricio ponen cara de esfuerzo, pero no se logran mover)*. Así que escúchenme, conozco el amor y la desesperación por el tiempo, por más imposible que sea para mí sentir el paso de cualquiera de los dos. *(Los señala en el reflejo)* ¡Mírense! *(Se acerca al espejo sin dejar de mirarlos con una taza en la mano. Se arregla el traje)* Por eso hoy el techo se vendrá abajo, los cimientos serán absorbidos por el barro, la última hoja del árbol caerá definitiva y el invierno será intolerable. El espejo se quebrará y sus almas penitentes, vivirán encadenadas, como dos perros de pelea, una a la otra, porque se han quedado sin amor, y sin tiempo *(Quiebra el espejo con la taza. Viviana y Mauricio se desploman. El hombre los mira unos segundos en silencio. Saca el encendedor del bolsillo, enciende el cigarro, da una chupada honda y lo tira. Se enciende el fuego)*. ¡Vámonos!

*Viviana y Mauricio se levantan sin decir palabra. Siguen al hombre que, sin dificultad abre la puerta. Salen.*

# FAUNA 2025

DRAMATURGIA  
BREVE



Los anegados

Milagros Porta



UNIVERSIDAD NACIONAL  
DE LAS ARTES

## Los anegados

Milagros Porta

No sabía de qué bando era el río. Podía ayudarme a nadar o podía ahogarme.

*Muy lejos, Caryl Churchill*

Personajes:

Lucas

Juan

*Un hombre entra en un escritorio lleno de libros. Cierra la puerta con llave. Está mojado y solo lleva un short de baño. Debe tener unos treinta años, el pelo cortado hace poco, la barba prolija, algunos tatuajes en el pecho y los brazos. Parece apurado. Afuera llueve, pero hace calor. A través de las ventanas puede verse el agua que cubre la vereda y empieza a subir.*



*(Yves Tanguy)*

*El hombre busca un libro, desesperado, y moja todo lo que toca. Hay recibos de luz y de gas, hojas escritas a mano, cuadernos marca Gloria, grandes carpetas forradas en cuero. Hay, también, calculadoras, gráficos impresos a color y biromes sin capuchón. Las paredes tienen cuadros antiguos con ilustraciones portuarias. Hay solo una lámpara sobre la mesa; el hombre la desenchufa cuando empieza a entrar agua por debajo de la puerta. Entonces va levantando los libros de a uno, los toma del lomo y los agita con un golpe violento y preciso. Después revisa la mesa. Nada cae. Afuera, alguien lo llama golpeando la puerta.*

LUCAS – ¿Cuánto es tres por siete dividido dos?

JUAN – *(Del otro lado de la puerta):* ¡Dejate de joder!

LUCAS – No hasta que no lo resuelvas.

JUAN – ¡Abrime, pelotudo! ¡Abrime!

LUCAS – *(Jugueteadando con la calculadora)* Tres... por siete... dividido dos...

JUAN – Diez coma cinco, es diez coma cinco.

LUCAS – Mmmm... me parece que alguien no entendió.

JUAN – Bueno, listo, abrime, Juan, ya está.

LUCAS – ¿Hace falta que explique la consigna?

JUAN – Está subiendo el agua.

LUCAS – Fa, no me digás...

JUAN – Dale, forro.

LUCAS – Cuántos libros... ¿y este? ¿*Resplandor de mis barbas?*

JUAN – ¡De mis bárbaras!

*Lucas sigue sacudiendo los libros.*

LUCAS – ¿Qué son las bárbaras? ¿Y este otro? *Tener lo que se tiene.* Justo vos que tenés mucho, ¿no te parece?

JUAN – No hay nada, Lucas, te prometo. Dejame pasar.

*Lucas levanta un tomo grueso, deshilachado.*

LUCAS – Miralo a lorio, qué máquina, ¿escribía poemas?

JUAN – ¿De qué hablás?

LUCAS – Acá en este libro dice “Almafuerte”.

JUAN – ¡Es Pedro Bonifacio! ¡Pedro Bonifacio Palacios! ¡Dejalo como está, me vas a ensuciar todo!

*Después de mucha insistencia, Juan consigue derrumbar la puerta, que los salpica cuando cae sobre el charco de agua. Viste una camisa de jean abierta sobre una remera gris de algodón y unos shorts de corderoy nuevos con cinturón de cuero. Lucas frena en seco, el libro de Almafuerte en la mano. Con una actitud edulcorada, lo apoya sobre la mesa y sonrío.*

LUCAS – Ahí te lo dejé. Mirá qué lindo quedó. Entre las barbas y las cosas que se tienen.

JUAN – Qué desastre. Es una desgracia.

LUCAS – ¿A vos te parece...?

JUAN – Y vos en calzoncillos.

LUCAS – Es de Topper, ¿te gusta? Es un traje de baño, no es un boxer. Te recomendaría hacer lo mismo.

JUAN – No tengo yo. Por qué voy a tener uno. Qué importan los trajes de baño ahora. Por qué estamos hablando de trajes de baño.

LUCAS – Te vas a arruinar el corderoy...

JUAN – Si está toda la casa como una limonada de jengibre.

LUCAS – *(Irónico)* Ah, la imagen precisa. *Le mot juste.*

JUAN – Una inundación amarilla bajo la puesta del sol.

LUCAS – Yo la veo azul...

JUAN – Terrible y reluciente, un dragón de fuego.

LUCAS – Color agua... o sea azul...

*Juan asegura los postigos de la ventana.*

JUAN – ¡Mirá! Los del chalet de 13 y 50 en barco. ¡En barco, Lucas!  
¡Dos marineros!

LUCAS – Lo que es el poder adquisitivo.

JUAN – Se llevan el plasma y el equipo de música. Tapados con una especie de nylon, un manto oscuro y brillante.

LUCAS – Lo bien que les va a ir...

JUAN – Y allá, ¿no es el almacenero de 5 y 72? Nadando como un sapo. Los brazos a los costados del cuerpo, sin técnica, dando manotazos incrédulos... casi lo veo llorar.

LUCAS – El que va a llorar soy yo, si no nos apuramos.

JUAN – Mirá si muere gente. Yo no sé si sabe nadar, habría que ayudarlo.

LUCAS – Primero nos ayudamos a nosotros, ¿te parece?

JUAN – Es un desastre. ¿Cómo vamos a hacer?

LUCAS – (*Parándose sobre la puerta derrumbada*) Para empezar, tenemos alta balsa. Estoy muy solo y triste acá en este mundo abandonado...

*Juan emite un quejido de impotencia.*

JUAN – No entiendo cómo hacés para estar tranquilo.

LUCAS – ¿Yo? Tranquilísimo estoy. Porque te tengo a vos, que sabés la respuesta: cuánto es tres por siete dividido....

JUAN – Me vas a volver loco.

LUCAS – Bueno, bueno, quedate quieto. No hay nada ahí, ¿qué buscás?, ¿la valija?

JUAN – Sí, ¿la sacaste?

LUCAS – Ah...

JUAN – Hablá, Lucas.

LUCAS – No sé...

JUAN – Siempre la guardabas en este placard. O allá, en el estante.

LUCAS – Sí, cuando viajábamos a los Hornitos. ¿Querés que te haga la cuenta de cuántos años pasaron?

JUAN – Uh, ¿y en la pieza de mamá?

LUCAS – Hay un modo de que te responda.

JUAN – Pero qué tortura. Por favor. No tenemos tiempo y acá están tus papeles de laburo y los vas a perder y tus cuadernos de contaduría y mis libros y tenemos que hacer algo y...

LUCAS – ¿Cuánto es tres por siete dividido dos?

*Silencio.*

JUAN – Está bien. Ya sé a dónde vas.

LUCAS – Decilo.

JUAN – Tres lotes. Siete hectáreas.

LUCAS – ¿Dividido...?

JUAN – No tengo una respuesta. No está acá.

LUCAS – Los vendiste.

JUAN – No.

LUCAS – Los donaste.

JUAN – Por dios.

LUCAS – Te armaste uno y te fumaste la escritura.

JUAN – ¿Quién te pensás que soy?

*Lucas deja de revisar libros y pisa el charco de agua. Juan sigue levantando cosas del piso, poniéndolas a resguardo en los estantes más altos de una biblioteca. Camina de un lado para el otro como si le costara decir algo.*

JUAN – Es nuestro, eso no cambia. Solo que no tengo los papeles... temporalmente. No es momento de explicar.

LUCAS – Juan...

JUAN – No me creés, ya sé, no me lo digas. Pensás que te estoy arruinando.

LUCAS – No, no, no, eso lo pensás vos. Nunca te dije eso. Es una acusación. Lo tomo como una acusación.

JUAN – Estoy tratando de...

LUCAS – Yo confiaba en vos. Aunque todos me decían cosas.

JUAN – ¿Qué decís?

LUCAS – Papá me avisó, “¿cómo va a estar la escritura a nombre suyo?”. Y yo: “No, pero Juan es re tranquilo”, “si Juan es más manso que un cordero”.

LUCAS – Pará, está entrando, corrámosla...

JUAN – ¿Para este lado?

LUCAS – Empujá.

*Mueven la mesa.*

LUCAS – Boludo, vas a tirar todo.

JUAN – Estoy nervioso.

LUCAS – Y él me decía, más o menos cuando se separaron con mamá, “pero vos qué sabés en el futuro”. Él muy de acuerdo no estaba con la repartición, pero qué iba a hacer, si no eran suyos: opinar, opinar, opinar. En todas las llamadas durante meses. Que los terrenos esto, que los terrenos aquello, que cómo puede ser, que por algo tuvo dos varones, para darles lo mejor a los dos, para que se abran paso en la vida juntos, que esto nos iba a desunir. Y yo, Juan, fijate, ¿me escuchás?, te defendí.

JUAN – ¡Está bien! Hiciste bien.

LUCAS – ¿Ah, sí?

JUAN – No empujes.

*Lucas hace un movimiento brusco. Se caen algunos libros al agua.  
Juan corre a levantarlos.*

JUAN – ¡Mirá lo que hacés!

LUCAS – Y entendés por qué me lo decía, ¿no?

JUAN – Góngora. Machado. Perdidos para siempre.

LUCAS – A quién le importa. No vale nada eso. Lo único de valor no lo tenés.

JUAN – Rubio. Castellanos.

LUCAS – ¿Entonces entendés? ¿Sabés cómo te dice él?

*Juan y Lucas se miran.*

JUAN/LUCAS – El preferido de mamá.

*Juan quiebra el contacto visual, sacude los libros para secarlos y los va dejando sobre la mesa recién corrida.*

LUCAS – Exactamente. El preferido de mamá. Ese chisme corrió lejos, ¿no, Juancito? El poeta, pobrecito, el primogénito, ¿y yo compré esa pavada? No, claro que no la compré. Lo pusieron a tu nombre por la mayoría de edad y nada más.

JUAN – Pero y por qué va a ser...

LUCAS – Aaaah, no sé, preguntale a papá, preguntale...

JUAN – ¿Y te dijo esas cosas...?

LUCAS – A mamá... bueno, a mamá no, que te defiende.

JUAN – Así que papá...

LUCAS – Que a Juan le viene bien un empujoncito, que habría que ayudarlo.

JUAN – No fue así.

LUCAS – ¡Y dónde está el papel!

JUAN – ¡Lo hipotequé!

*Lucas se queda paralizado. Juan camina hacia la ventana.*

JUAN – Todo el boulevard hinchado como un camalote de río. Se van a caer los árboles. Después, los postes de luz. Y de los autos van a quedar cadáveres de hierro. Apilados unos encima de otros.

LUCAS – No tenés cura.

JUAN – Tu auto, Lucas, el que te compraste cuando te ascendieron. Capaz deberíamos subir a la terraza, llevarnos las cosas ahí, esperar.

LUCAS – Pero todavía no guardamos nada.

JUAN – Bueno, si me pasaras la valija...

*Lucas lo mira ensombrecido. Sale despacio a buscar la valija.*

JUAN – Mirá. Dejé de subir. Ahora es un remanso. Nos da unos minutos más. Así como está se parece al lago de los Hornitos. ¿Te acordás? Las carreras a la orilla del lago y el caballo de papá. Qué blanco era, como una tostada. Como el poema de Madariaga...  
*(Recita de memoria)* Mi caballo era de oro sanguíneo, el tuyo, rojo y negro, parecía tapado por tu poncho de México. Y éramos amigos, y éramos ligeros costeadores de celestes lagunas amarillas, Lucas, ¡dos bandoleros! Antes de dormir, nadábamos. *(Termina de recitar)* Y los dos terrenos, dos pulmones de luz donde nos acostábamos a buscar figuras en el cielo. Esto hay que guardarlo, el joyero de mamá y los recetarios. Las cenas en familia antes del divorcio. Esos platos que hacía en los Hornitos, el pastel de papa, los budines de limón... Y vos pensás que yo me quedaría todo eso para mí. Tus cuadernos intachables, de cursiva prolijísima, donde resolvías trabajos prácticos tirado bajo el sol. No vas a querer guardar los cuadernos, te conozco. Si ya no valen nada... ¡Las carreras! A veces me acuerdo del caballo de papá, de cómo ganaba siempre con distancia, y cómo se empezó a deteriorar. Ahora, cuando me acerco de noche a la cama donde está postrado, cuando le llevo el pastillero con una taza de té, puedo adivinar el sonido que escucha dormido, el relincho y el galope....

*Juan chasquea la lengua repetidamente, imitando el galope de un caballo. Lucas entra a las corridas, como si estuviera galopando.*

LUCAS – Acá tenés la valija. Afuera el agua sigue subiendo. Calculo que tenemos diez minutos. Abrila y yo elijo qué nos llevamos.

JUAN – Pero...

LUCAS – Juan.

*Silencio.*

JUAN – No confiás más en mí.

LUCAS – Primero bajá el cuadro. No, ese no, tarado, el otro.

JUAN – Este es superior.

LUCAS – Ah, una magnífica obra de arte. Del afamado y muy reconocido primo del amigo del abuelo. Mientras que el otro no es más que un Quinquela Martín. Un Quinquela Martín, flaco, ¿me entendés?

JUAN – Más convencional, atado a las tendencias de la época.

LUCAS – ¡Un Quinquela Martín! ¡Colgado acá atrás tuyo, destilando olor a guita!

JUAN – Bueno, relajate, relajate. Pero dejame llevar los dos.

LUCAS – Si va a ser así, no terminamos más.

JUAN – Ocupa una miseria de espacio. Mirá las medidas, un lienzo de nada.

LUCAS – Juan, hipotecaste mi herencia.

*Silencio. Juan vuelve a colgar el cuadro que le gustaba y guarda el cuadro de Quinquela Martín.*

LUCAS – En el mueble están los anillos de mamá. Cotizan arriba de cien palos verdes.

JUAN – ¿Posta?

*Lucas, irónico, no contesta. Suspira.*

JUAN – Acá está. Ah, el relicario. Los aritos como botones de nácar.

LUCAS – El nácar no es dorado, es blanco.

JUAN – Pero destella.

LUCAS – El agua también hace reflejos acá, por los faroles. Y no nos vamos a llevar el agua.

*Juan sonrío.*

LUCAS – ¿Y ahora qué tenés?

JUAN – No, nada... Sabés lo que decía Cocteau...

LUCAS – Guardá. Acá. Los anillos. Todos.

JUAN – Le preguntaron qué se llevaría de un incendio y...

LUCAS – Ahora traé la notebook. Allá, dale.

JUAN – Y dijo que se llevaría el fuego.

*Lucas cierra la valija de golpe.*

LUCAS – ¡Bueno! ¡Clarísimo, Juan! No soy pelotudo. Entiendo el mensaje encriptado. Que sos un hervidero de ideas, que deberías ganar un premio Nobel, que tu mirada es brillante. Que vos te merecías el terreno.

JUAN – Pará un poco.

LUCAS – Yo acá ahorrando para mudarme con Laura, capaz tener un perro, eventualmente un hijo. O no, pero quién sabe. Una nena pelirroja como Laura. O como el alazán colorado que teníamos en los Hornitos. Yo también te puedo armar la imagen poética, ¿viste, querido? Rojo sobre rojo. Y hasta ahí llega mi imaginación, no me pidas tostadas blancas o camalotes azules. Entonces, decía, un monoambiente, nada demasiado ambicioso, donde atender clientes, con un balconcito para tomar mate, unas galletitas, y ya está. No me pidan más. Un proyecto humilde, puede ser. Poco memorable. En cambio, imaginemos al gran escritor, en su retiro espiritual, inspirado

por el vuelo de la naturaleza, rodeado de plantas, árboles y caballos.

Como este libro de acá: *Poemas con caballos*.

JUAN – Es solo una hipoteca.

LUCAS – Ahí la cosa cambia. Le das un destino potente a los terrenos. Cuando te mueras, la gente iría a visitarlos, a ver los borradores de la obra. Porque eso querías escribir. Algo luminoso y misterioso y tramposo y meticuloso y

JUAN – Te juro que la estoy pagando.

LUCAS – Estentóreo y notorio y consagradorio y espurio y

JUAN – Todos los meses desde hace dos años.

LUCAS – Y notable, Juan, notable.

JUAN – No me lo pienso quedar.

LUCAS – ¿Pero me podés explicar qué hiciste?

JUAN – Nada hice. Nada. Y de golpe: endeudado. Porque no hice nada. Porque no sé vivir.

LUCAS – Y bueno, ya está, quedate con la casa, qué más da.

JUAN – Te juro que termino de pagarla. Me quedan cinco cuotas.

LUCAS – Sí, sí, te queda esto, te queda lo otro, ¡y a mí nunca me consideraste! ¡Yo no existo!

JUAN – Pero no lloriquees, si siempre te quisieron más a vos, que tenés un trabajo, un futuro, un porvenir,

LUCAS – Yo no existo.

JUAN – Un departamento, una novia, una oficina, una seguridad,

LUCAS – Yo no existo.

JUAN – Un modo de vivir, un camino, una carrera, una profesión, un prestigio, un estatus,

LUCAS – Yo no existo.

*Un relámpago los frena en seco. La ventana se abre de par en par.*

*Empieza a entrar la lluvia.*

LUCAS/JUAN – ¡Nooo!

*Levantán libros, papeles y objetos y los meten sin criterio en la valija.  
Recorren el estudio en círculos.*

JUAN – Un día hay una casa. Un día hay una familia. Después, un nido de fantasmas.

LUCAS – ¿Cuánto es tres por siete dividido dos?

JUAN – Tuvimos una infancia. De chicos, todo nos parecía eterno. Un caballo podía llevarnos a la llanura más lejana, al punto de inicio del arcoiris, a las coordenadas del origen.

LUCAS – X. Y. X. Y. X. Y.

JUAN – ¿Quiero sobrevivir a esta casa? ¿Importo más que un Quinquela Martín? La tinta borroneada de los libros. Nuestro destino es el mismo, tinta borrada. ¿Cuántas chances hay de salir vivos?

LUCAS – Una en un millón.

JUAN – La ciudad que conocía ya no existe. Casas enteras derrumbadas. El agua no tiene moral, solo sabe correr y correr y correr. Todas las veces que leí acá sentado, todas las noches de insomnio, ¿eso lo podés contabilizar?

LUCAS – Quince mil novecientos setenta y cinco.

JUAN – No hace falta un error para perderlo todo. En una catástrofe no tenemos la culpa.

LUCAS – Cero. Cero. Cero. Cero. Cero.

JUAN – La pregunta es tramposa. En realidad hay una sola respuesta.

LUCAS – La computadora. Los papeles. El televisor. Las joyas. Tus libros, Juan, todos tus libros.

JUAN – Solo te podés llevar el agua.

*Cierran la valija y la sostienen sobre sus cabezas.*

**FAUNA**  
2025

**DRAMATURGIA  
BREVE**



**¿Qué le vamos a hacer?**

**Marcelo Barzan**



UNIVERSIDAD NACIONAL  
DE LAS ARTES

## ¿Qué le vamos a hacer?

Marcelo Barzan

Personajes:

Celia

Daniela

Julián

### Escena 1

*Celia, setenta años, tiene puesta una pollera hasta debajo de las rodillas, medias can can, zapatos, una blusa y un chal. Está peinada con un rodete y mira hacia la calle, sentada en una silla delante de la ventana.*

CELIA – Ya no va a venir Julián. Otra vez no va a venir. Si son casi las siete ya. A ver... Seis y media. Vienen los días cortos. Las noches largas y el dolor este de la cadera que no me deja dormir. Me voy a poner un poco de calor en la cintura mientras tanto. Eso voy a hacer.



(Marcelo Barzan)

*Se levanta, se palpa el rodete con la mano izquierda y camina en dirección al aparador. Camina ayudándose con un bastón, hace gestos de dolor y renguea pero se mantiene bien erguida. De una puerta del aparador saca una almohadilla eléctrica que enchufa y coloca en el respaldo de la silla donde se vuelve a sentar. Se acomoda el rodete otra vez. El ladrido de un perro llega desde el otro lado de la calle.*

CELIA – ¿Qué te pasa Daisy? Te dejaron sola a vos también... Nadie te escucha, pobrecita. Es el destino quedarse sola. El destino de las dos, ¿qué le vamos a hacer?

Pero Lucía ya va a volver, no debe faltar mucho para que vuelva y seguro que te trae comida. Sin embargo yo... Me dijo ayer Julián que venía. Ayer me llamó por teléfono y me dijo, estoy segura. Y yo le creí, pobre ilusa.

*Se escucha el motor de un auto. Descorre la cortina con la mano izquierda y se inclina hacia adelante en la silla. Adelanta la cabeza y la gira hacia la izquierda.*

CELIA – A ver... No, qué va a ser Julián. Seguro que después llama para decirme que tuvo mucho trabajo. O que se le complicó con mi nieto. Y yo le voy a creer como una tonta y le voy a decir que no es nada. Que sé que está muy ocupado. ¡Qué tonta que soy!

*Suenan siete campanadas. Se para, se vuelve a acomodar el rodete, toma el bastón con la mano derecha y empieza a caminar lentamente. Cuando pasa entre el aparador y la mesa se detiene, gira la cabeza y contempla un portarretrato por unos segundos. Después retoma la marcha. Cuando llega a la mesada agarra un mate que hay allí apoyado, se acerca a un tachito de basura, lo abre*

*apoyando el pie en una palanca que tiene en la base y tira adentro la yerba seca, sin usar.*

## **Escena 2**

*Celia está sentada en la mesa del comedor tomando mates. Se ve de mal humor. Daniela, de cuarenta y cinco años, vestida con jeans azules, zapatillas y una remera, repasa el aparador con un plumero.*

CELIA – Tené cuidado con las copas, por favor. Que son un regalo de mi hermana.

DANIELA – Quédese tranquila, señora. No les va a pasar nada.

CELIA – El plato ese que te dije. El que me trajo mi hijo cuando volvió de España, no lo viste, ¿no?

DANIELA – Hace varios meses que está perdido ese plato.

CELIA – No, si ayer estaba acá. No lo habrás agarrado, ¿no?

DANIELA – Pero señora...

CELIA – Y ¿quién lo va a agarrar, si no hay más quien entre en esa casa?

DANIELA – ¿No me había dicho usted que se le había roto?

CELIA – ¿Yo? No, si ayer estaba acá.

DANIELA – Si le digo que hace meses que no veo ese plato.

CELIA – Ahora me tratás de loca...

DANIELA – ¿Y para qué voy a querer yo el plato?

CELIA – ¡Qué se yo! Vos sabrás, querida.

*Daniela no le contesta, mueve la cabeza hacia los lados y sigue repasando el aparador. Cuando termina saca el celular y manda un mensaje con cara de preocupación.*

CELIA – ¿Querés un mate?

DANIELA – No, después, así termino con esto.

CELIA – Después va a ser tarde. Va a estar frío y lavado.

DANIELA – Bueno, no es nada. Después tomo en casa. Usted no se haga problema.

CELIA – Pero para mandar mensajes con el celular sí tenés tiempo.

DANIELA – Disculpe, es que me acordé de algo que le tenía que avisar al Agus.

CELIA – ¿Cómo anda tu hijo?

DANIELA – Bien. Lo veo poco porque está con mucho trabajo. Pero anda bien.

CELIA – Bueno, menos mal que tiene mucho trabajo...

DANIELA – Es lo que yo le digo, que lo cuide.

CELIA – Yo ya ni me acuerdo de la última vez que ví a mi hijo.

DANIELA – ¿No vino ayer?

CELIA – Toda la tarde esperándolo...

DANIELA – ¿Y no llamó? ¡Qué raro!

CELIA – No, seguro que se olvidó.

DANIELA – ¿Y por qué no lo llama usted?

CELIA – Mejor no. Seguro que está ocupado. No vaya a ser que lo interrumpa en algo importante... ¡Es más mal llevado!

DANIELA – Sí está preocupada, llámelo o mándele un mensaje. Así se saca la duda.

CELIA – Si algún día se acuerda de mí va a llamar. O va a venir.

DANIELA – Bueno, ya terminé.

CELIA – ¿Ya limpiaste el baño?

DANIELA – Sí, si, fue lo primero que limpié, antes que las piezas.

CELIA – No me acordaba.

DANIELA – ¿Quiere que vayamos a mirar?

CELIA – No, está bien. Si vos lo decís...

*Celia se levanta, saca un monedero de un cajón del aparador y le pone plata en la mano a Daniela.*

CELIA – Está justo.

DANIELA – *(Mientras dobla los billetes y los guarda en el bolsillo del pantalón sin contarlos)* Gracias. Hasta mañana.

CELIA – Hasta mañana, querida. Saludos a Agustín.

### Escena 3

*Celia y Julián están sentados en la mesa del comedor. Celia le alcanza un mate.*

JULIÁN – ¿Cómo estás, mamá?

CELIA – Bien acá andamos, hijo. Con estos días tan cortos... Ya se van a empezar a alargar, si dios quiere.

JULIÁN – Te veo cabizbaja.

CELIA – Estoy bien, hijo. Con un poco de dolor de cintura nomás. Debe ser la humedad...

JULIÁN – ¿No habrás hecho algún mal movimiento?

CELIA – Le pasé el trapo al baño, pero fue un segundo, no creo que sea eso.

JULIÁN – ¡Mamá!

CELIA – Para Daniela la casa parece que fuera redonda.

JULIÁN – Sabés que no te tenés que agachar *(Julián le devuelve el mate, Celia se ceba uno)*.

CELIA – No puedo hacer nada al final.

JULIÁN – No tenías necesidad mamá, si queda un poquito de polvo en una esquina del baño no es nada. Le decís la próxima vez que lo limpie mejor.

CELIA – Cada vez tiene menos ganas de trabajar Daniela.

JULIÁN – Me mandó un mensaje ayer.

CELIA – ¿Con qué chisme te vino esa?

*Termina de tomar el mate y le alcanza otro a Julián.*

JULIÁN – La conocemos desde hace veinte años, mamá. Tiene las llaves de la casa. Nunca faltó nada.

CELIA – ¿A qué viene esto?

JULIÁN – ¡Mamá!

CELIA – ¿Qué?

JULIÁN – Vos la acusaste de haberse llevado un plato.

CELIA – No.

JULIÁN – Ese plato que te traje de Madrid en 2019. Si se te rompió hace como un año.

*Celia frunce el ceño como queriendo acordarse.*

JULIÁN – ¿No te acordás, mamá?

CELIA – De cada cosa que digo te cuenta, no puedo decir nada yo. No puedo agacharme, no puedo hablar. ¿Qué puedo hacer?, decime. ¿Qué puedo hacer yo?

JULIÁN – No es un comentario cualquiera, mamá... la acusaste de robar. Decí que te conoce desde hace tanto tiempo y sabe cómo sos.

CELIA – ¿Y como soy?

JULIÁN – Perseguida, desconfiada, hinchapelotas... Pero buena y generosa en el fondo.

CELIA – No me gusta que uses esas palabras.

JULIÁN – A mí no me gusta que trates así a Daniela... Estaba preocupada.

*Pausa.*

CELIA – ¿Cómo anda Marquitos?

JULIÁN – Tu nieto anda bien. En un rato lo tengo que ir a buscar a fútbol.

CELIA – ¿Cuándo me lo vas a traer?, hace rato que no lo veo.

JULIÁN – Sí, el sábado vinimos. ¿Tampoco te acordás de eso?

CELIA – Ah... Sí. Sí, ya me acuerdo.

JULIÁN – ¿Estás tomando las pastillas, mamá?

CELIA – Sí. Todos los días. Me confundí nomás, Julián, me confundí. Tomá el mate que se enfría.

JULIÁN – *(Sorbe lo último del mate con ruido y lo devuelve)* No podés estar sola mamá.

CELIA – Yo estoy bien así, no necesito a nadie.

JULIÁN – Mamá, no seas terca.

CELIA – Me confundo alguna cosa de vez en cuando, hijo. Pero es normal a mi edad, nada grave. De las cosas importantes no me olvido.

JULIÁN – Ya no podés estar sola.

CELIA – Vos te querés quedar con la casa. Eso es lo que pasa. Vos y Daniela. ¿Qué se tienen que mandar tantos mensajes?

JULIÁN – ¿Qué decís, mamá?

CELIA– ¡Eso! Que se mandan muchos mensajes ustedes dos. ¡Todo el día con el teléfono en la mano la otra, lo que menos hace es limpiar! Te crees que no me acuerdo de cuando andabas atrás de ella...

JULIÁN – ¡Eso fue hace más de diez años, mamá!

CELIA – Sí, diez años. Pensás que no me doy cuenta de las cosas yo...

JULIÁN – Estás diciendo cualquier cosa.

CELIA – Sí, cualquier cosa. Seguro.

JULIÁN – *(Haciendo un esfuerzo para elegir las palabras adecuadas)* Mamá, Daniela está preocupada nada más.

CELIA – Esto lo va a saber Camila. ¡Vas a ver! Ustedes dos están complotados. ¡Sí te habré lavado los pañales! Para que me vengas a hacer esto. Para no poder pasar mis últimos años tranquila en mi casa. Pero conmigo no van a poder, eh. ¡Escuchame bien! ¡Muerta..! ¡Muerta me van a sacar de la casa vos y esa piojosa!

JULIÁN – Mamá, no la llames así.

CELIA – Ah, ¡cómo la defendés!

JULIÁN – Estamos preocupados nomás.

*Pausa.*

JULIÁN – Nadie te va a sacar de la casa si vos no querés. Pero no te podés quedar sola.

CELIA – No quiero ningún desconocido en la casa.

JULIÁN – Yo había pensado en Daniela...

CELIA – ¿Que se venga a quedar conmigo?

JULIÁN – Porque la conocemos. Pero podría buscar otra persona si no.

CELIA – Yo estoy bien así.

JULIÁN – Cualquiera día te vas a olvidar la puerta sin llave. O una hornalla abierta.

*Pausa.*

JULIÁN – O te vas a caer y vas a pasar un día en el suelo sin poder levantarte hasta que venga Daniela o yo.

CELIA – ¿Querés que cambie la yerba?

JULIÁN – No, ya me tengo que ir.

CELIA – Bueno... ¿Cuándo me traés a mi nieto?

JULIÁN – No sé. Dejáme ver.

CELIA – ¿Quieren venir a comer el domingo?

JULIÁN – Puede ser... Esta noche hablo con Camila y te confirmo. Te mando un mensaje.

CELIA – Llamame mejor. No me gustan los mensajes.

JULIÁN – Dale, te llamo.

*Julián se para y Celia lo acompaña hasta la puerta.*

JULIÁN – Mamá, miráme...Te quiero mucho, acordate siempre que te quiero mucho. Grabátelo en la cabeza.

CELIA – Lo sé, hijo. Yo también.

*Se despiden con un abrazo. Los dos tienen los ojos llorosos. Julián sale. Celia se queda mirando a su hijo que se va. Saluda con la mano. Después cierra la puerta y vuelve al comedor.*

#### Escena 4

*Daniela toca el timbre. Celia abre la puerta y la hace pasar.*

CELIA – Pasá, hija

DANIELA – Permiso... ¿Cómo anda?

CELIA – Bien... Un poco aburrida con estos días.

DANIELA – No sale a ningún lado usted, ¿no?

CELIA – ¿Adónde voy a ir?

DANIELA – Antes usted iba a la iglesia

CELIA – Hay un cura nuevo. No le entiendo. Hablan raro los curas ahora. Quieren hacerse los modernos. Dejé nomás, estoy vieja. Es así. ¿Qué le voy a hacer? Hay que esperar que pasen los días.

DANIELA – No diga eso.

CELIA – Qué le vamos a hacer hija.

DANIELA – Pero, no, si a usted le queda mucho por hacer todavía.

CELIA – Si ya ni coser ni tejer puedo. ¡Con lo que me gustaba tejer!

DANIELA – ¡Y lo lindo que le sale! Yo nunca pude aprender bien. Ese pullover que le regaló al Agus. ¡Lo lindo que le quedaba!

CELIA – ¿Ya no lo usa más?

DANIELA – Le queda corto. Si viera lo grande que está.

CELIA – Lástima que con la cintura como la tengo, ya no le voy a poder hacer otro.

*Pausa.*

CELIA – Le haría algo a Marquitos pero mi hijo después me reta.

DANIELA – Yo le iba a pedir si no me quiere hacer una bufanda.

CELIA – Yo te la haría. Total de a poquito...

DANIELA – Sí, de a poco, sin apuro

CELIA – Sí, puede ser. Mi hijo no quiere que haga nada. Pero quince o veinte minutos por día no me va a hacer mal.

DANIELA – Empiezo limpiando por acá, ¿quiere?

CELIA – No laves el piso, con esta humedad, mejor no... No se va a secar más.

DANIELA – Bueno, es verdad, con este tiempo no seca y si prendemos el ventilador capaz le hace mal.

CELIA – No, el ventilador no, después empiezo con la tos y no se me va más.

DANIELA – Y si, tiene que cuidarse...

CELIA – Sí, es lo que me dice mi hijo.

DANIELA – Barro nomás el piso del comedor, entonces.

CELIA – Si, yo te hago la bufanda. Vos tráeme la lana nomás, me parece que no tengo.

*Daniela toma una escoba de entre la mesada y la heladera y empieza a barrer. Celia la sigue a unos dos metros de distancia hablándole.*

CELIA – Fijate ahí en la esquina debajo de la mesa del televisor que el otro día quedó un poco de polvo.

DANIELA – ¿Acá?

CELIA – Ahí, sí, gra... Eso.

DANIELA – De nada.

CELIA – Disculpame que sea hincha, pero después si me agacho me retan.

DANIELA – ¿Su hijo?

CELIA – Sí. Discutimos con Julián.

DANIELA – ¿Ayer?

CELIA – ¿Cómo sabés que vino ayer?

DANIELA – Si usted me dijo.

CELIA – No, yo no te dije nada.

DANIELA – Sí, hace un ratito. Cuando llegué.

CELIA – Si vos lo decís, será.

DANIELA – ¿Me quiere acompañar a elegir la lana esta tarde?

CELIA – ¿Vos decís con este día?

DANIELA – Sí, a las tres la paso a buscar y vamos.

## Escena 5

*Celia y Daniela entran a la casa. Celia tiene en la mano una bolsa con lana. La deja sobre una silla. Daniela le ayuda a sacarse la campera.*

CELIA – *(Sentándose en una silla, en la mesa del comedor)* Me cansé.

DANIELA – Es que caminamos bastante al final.

CELIA – Si, pero valió la pena. ¿Viste qué lindas lanas?

DANIELA – ¿Vio?, yo no entiendo nada, pero me recomendaron esa lanería.

CELIA – Sí, y a buenos precios, me parece.

DANIELA – Ahí sí que no sé. Pero me gustaron esas dos que elegimos.

CELIA – Sí, vas a ver cómo abriga. Lo hago doble, ¿no?

DANIELA – ¿No será mucho? Yo soy un poco acalorada.

CELIA – Ah, entonces mejor simple nomás. Estuvo lindo el paseo, la verdad. Por lo menos salí un poco de acá.

DANIELA – Hablando de salir, yo voy a ir yendo.

CELIA – ¿No te querés quedar a tomar mates? O mejor un té bien caliente antes de volver a salir.

DANIELA – Un té podría ser.

CELIA – Dale, quedate.

DANIELA – Bueno me quedo, pero déjeme prepararlo a mí. Usted está cansada.

CELIA – No me voy a hacer rogar.

## Escena 6

*Son las ocho de la noche. Celia está mirando televisión. Daniela ya se fue. Suena un teléfono celular que está sobre la mesa. Celia se levanta con trabajo, toma el bastón y va hasta la mesa. Toma el teléfono y atiende. Todos los parlamentos de Celia van sucedidos por una pausa que corresponde a un parlamento de Julián que no escuchamos.*

CELIA – Hola... ¿Juli?

CELIA – Esperaba tu llamada ayer.

CELIA – Bueno, no es nada.

CELIA – Ah...

CELIA – ¡Qué lástima! Hace tanto que no la veo a Cami.

CELIA – ¿Cuándo?

CELIA – La verdad que no me acuerdo, hijo.

CELIA – Hay tantas cosas que no me acuerdo...

CELIA – ¿Seguro que está todo bien entre vos y Camila?

CELIA – Sí te conozco, hijo...

CELIA – Bueno, bueno, está bien.

CELIA – Yo, bien. Viste que con la humedad que hay...

CELIA – Claro sí a mí también me duele la cintura.

CELIA – Ahora me pongo.

CELIA – No, si no salí en todo el día.

CELIA – Si, pero un aburrimiento. Ay. Me agarró una modorra...

CELIA – Sí, ahora como algo y ya me acuesto.

CELIA – Esperá.

CELIA – ¿Qué tenés que hacer que estás tan apurado?

CELIA – Estuve pensando en lo que me dijiste.

CELIA – Capaz que se podría quedar Daniela conmigo a la noche.

CELIA – No, no hablé con ella.

CELIA – Pero si a vos te deja más tranquilo...

CELIA – No, mejor ella...

CELIA – No, no quiero que entre otra persona a la casa.

CELIA – Y mejor malo conocido.

CELIA – No, es una forma de decir.

CELIA – Ah pensé que vos ya habías hablado algo con ella.

CELIA – Sí, mejor hablá vos.

CELIA – ¿Y a Marquitos lo traés un rato aunque sea el domingo?

CELIA – Claro.

CELIA – Sí. ya sé, hijo.

CELIA – ¿Y después del cumpleaños? ¿Terminará muy tarde?

CELIA – A las siete está bien.

CELIA – Dale, hago una pastafrola.

CELIA – Sí, decile que la hago de dulce de membrillo.

CELIA – Si, yo sé que le gusta.

CELIA – Bueno, quedate tranquilo que yo voy a estar bien.

CELIA – ¡Qué sue..! (un bostezo le corta la palabra).

CELIA – Estoy un poco vieja nomás.

CELIA – Mandale un beso a Camila de mi parte.

CELIA – Yo también te quiero mucho.

CELIA – Un beso.

*Corta.*